

Ceremonia en honor a Madame Teresa Hermida

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez (Colegio)
domingo, 8 febrero 2009

Quiero, antes de comenzar, dar las gracias desde lo más profundo de mi corazón a la Asociación de Claustrales Jubilados del Recinto de Mayagüez de la Universidad de Puerto Rico, y a su presidente Dr. Manuel Rodríguez Perazza, por haber auspiciado esta actividad; al Rector Jorge Iván Vélez Arocho, por haber autorizado este acto en los terrenos del campus, y por estar aquí con nosotros; y a la Hijas Católicas de América y a la Asociación de Damas Cívicas de Mayagüez, por haberse unido al acto con su presencia hoy. Quiero, naturalmente, dar igualmente las gracias a todos los familiares y a todos los amigos, los de Mami y los nuestros, que nos han acompañado hoy en este acto de cariño a la memoria de Mami.

Mami fue conocida con varios nombres. Su nombre de inscripción en el Registro Demográfico fue Teresa Beatriz Nadal Grau. Pero en Mayagüez, y para ser más preciso, en el pueblo (en distinción al Colegio), donde su familia Nadal estuvo asentada por muchas generaciones antes de ella nacer, era generalmente conocida como Baby Nadal. Así se le conoció aquí, desde niña hasta vieja.

Hay muchas antiguas lápidas en el viejo cementerio de Mayagüez con ese apellido Nadal. Pero hoy, a pesar de que lo que nos trae aquí es un acto para enterrar las cenizas de Mami, no quiero hablar de cementerios, ni de muertes. Lo que queremos hoy no es recordar una muerte, sino celebrar una vida. Y cuando comenzó su vida, los hermanos y primos de Mami le dieron por apodo Baby, apodo que le duró hasta sus últimos días. Así, como Baby Nadal, la recordarán muchos de los aquí presentes.

Siendo ella niña, su familia se mudó a Aguadilla, donde pasó su adolescencia, y donde hizo su escuela superior, siendo allí el primer honor en su clase graduanda. Cuatro años después (en el 1933) se graduó, con concentración en Francés, y también con honores, de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Recibió el Premio Giusti, uno de los muy pocos premios especiales concedidos en dicha ocasión. El año siguiente obtuvo su grado de Maestría en la Universidad de Saint Louis.

Cuando Mami regresó a Puerto Rico en el 1934, fue maestra de español en el sistema de instrucción pública, primero en Manatí y luego en Aguadilla. En el 1938 se casó en Aguadilla con mi padre, Ángel G. Hermida Méndez y de Baby Nadal pasó a ser Baby Hermida. O al menos así la llamaban sus amistades aguadillanas, pues en la High de Aguadilla supongo que seguiría siendo Miss Nadal, según el uso de aquella época. Yo nací tres años más tarde (en el 1941), y tres años después de eso Mami quedó viuda, al fallecer mi padre de cáncer a los 35 años de edad. Por lo que ella misma me contó, y lo que siempre me contaron las personas que la conocieron en aquella época, fue un matrimonio muy feliz, aunque trágicamente corto.

Luego de enviudar, Mami siguió de maestra en la High de Aguadilla hasta el 1946, cuando obtuvo un puesto de profesora de Español y Francés en el Colegio en Mayagüez. Y aquí comenzó a ser conocida con el nombre con el cual la recordarán muchos de ustedes, Madame Hermida, aunque en el pueblo, y especialmente entre las muchas personas que la habían conocido aquí de niña, siguió siendo Baby Nadal.

El resto de su vida profesional, y hasta que se jubiló luego de 39 años en la cátedra, Mami la pasó aquí, en el Colegio. Era entonces un sitio mucho más pequeño, especialmente los primeros años. Recuerdo su primera oficina, en una pequeña estructura de madera que también tenía dos salones de clase, al lado de la residencia del vice rector. Esa estructura desapareció cuando se construyó el edificio de Estudios Generales, aquí al lado nuestro hoy, donde Mami ejerció su cátedra hasta el momento de su jubilación.

Mami tuvo la enorme dicha de que pudo ganarse la vida haciendo un trabajo que le encantaba. Entre nosotros hoy, hay algunos que fueron sus discípulos, y éstos podrán confirmar mi afirmación de que ella disfrutaba enormemente la experiencia diaria del salón de clases. Si no hubiese necesitado su sueldo para sostenerse económicamente (y, dicho sea de paso, sostenerme a mí mientras yo fui menor y estuve a su cargo), no tengo duda de que hubiese con igual felicidad podido trabajar gratis. Pero con igual felicidad se jubiló cuando (en el 1973) le llegó el momento de hacerlo, en parte para poder dedicar más tiempo a sus nietos, que tanto amó.

Pero no todo fue trabajo. La presencia aquí de las Hijas Católicas nos recuerda los muchos años que Mami estuvo activa en dicha organización, de la cual llegó a ser Regenta. También por muchos años fue voluntaria en el Asilo de Ancianos de Mayagüez. Y la presencia de representantes del Club Cívico de Damas, nos recuerda su larga participación en dicha organización, que también presidió.

Mami tuvo una vida llena. Amó a muchos, y fue amada por muchos. Derivó siempre una enorme satisfacción de su trabajo. Disfrutaba mucho la lectura de la buena literatura, y debo a su ejemplo el haber desarrollado igual gusto. Cuando tenía once años, la acompañé por un año entero en una licencia sabática en Europa, y me empapé con ella de museos, y de conciertos, y de visitas a sitios históricos. De ahí en adelante, y en una época en que por suerte no había la distracción de la televisión, ni de los juegos electrónicos, pasábamos muchas horas de ocio hablando de literatura, o de historia, o de música.

Mami enfrentó con valentía la tragedia de quedar viuda muy joven y con un hijo pequeño, y la pudo superar sin mayores traumas. En una ocasión, siendo ya yo adulto, le pregunté si alguna vez pensó en volver a casarse, y me contestó que nadie jamás hubiese podido sustituir a su primer y único novio, mi padre. De niño siempre me sentí totalmente seguro a su lado. Mirando desde la perspectiva de ahora nuestra situación de entonces, me doy cuenta de que vivíamos con bastante estrechez económica, pero en aquellos momentos yo nunca lo sentí. Objetivamente hablando, la gran mayoría de mis amigos de entonces eran hijos de familias mucho más ricas que nosotros, pero subjetivamente yo me sentía, en mi seguridad, tan rico como el que más.

Mami tuvo también la suerte de gozar de muy buena salud. Su primera enfermedad seria fue el derrame cerebral que tuvo a los 94 años.

Siendo yo su único hijo, y habiéndome ella criado sin el beneficio de un padre en el hogar, tuvimos siempre una comunicación muy estrecha. No recuerdo que ella jamás me hablara mal de nadie. Y ciertamente no recuerdo que ella jamás se quejara de su suerte en la vida. Por el contrario, y no tanto con sus palabras sino con su ejemplo, siempre me hizo sentir que la vida había sido extraordinariamente buena con nosotros. Y a tono con eso, y nuevamente más con su ejemplo que con sus palabras, siempre me hizo sentir que eso nos imponía la responsabilidad de devolver con nuestro esfuerzo al bienestar común.

Así que, como dije al principio, no debemos considerar esta ocasión como el marcar de una muerte, sino como la celebración de una vida, una vida llena, llena de amor y de servicio. Y cuando pasemos ahora a enterrar sus cenizas, fijémonos más que nada en que sobre las mismas estamos sembrando un pequeño árbol, símbolo de vida y de crecimiento. Confiamos que ese árbol crecerá, como crecieron en sabiduría los muchos miles de estudiantes que, por tantos años, pasaron por sus salones. Y mientras enterramos esas cenizas, les pido a todos los que sepan francés que en recuerdo de Mami digamos juntos el *Notre Père*. Los demás lo pueden decir, en sus mentes, en español.